

DEL PAIS BASCO-FRANCES

EL PESCADOR DE CIBOURE

¿Hay algun oficio más miserable que el de pescador? Mojado de día, velando de noche, con frecuencia no es más afortunado que si echara la red á las estrellas.

Al menor soplo de la brisa tiene que tender la vela, sin estar seguro de cambiarla jamás en mantel ó de tener un sudario.

¿Está el viento de buen humor? Le empuja, como para medirlo, contra el costado de algun gran buque, desde cuya elevada cubierta los dichosos marineros sacuden desdeñosamente sobre él la ceniza de sus pipas.

¿Está encolerizado? Lo muestra, arrojándole del mar al cielo y del cielo al mar, que el uno y el otro le rechazan.

Hasta que el abismo se vea obligado á recibirlo, y lo envíe mudo y helado á sus parientes y amigos que gritan y se lamentan en la playa.

No me habéis ya del mar; él ha destruido mis últimas esperanzas, y le lie dicho adios para siempre.

Sí en vano vienes arrastrándote á acariciar mis pies; jamás iré ya á confiarte el secreto de mis deseos y á rogarte que los realices.

En vano envías tus cabrillas á mi encuentro, como una promesa de los bienes que me reservas

Apenas han llegado hasta mí, y ya ¡oh amarga irrisión! han desaparecido el ruido y la espuma.

Pero veo que te enfadas; ya no son tus cabrillas las que se adelantan hacia mí, sino un tigre que salta como si quisiera devorarme.

Lanza tus espumarajos hasta las estrellas, mar insensato; no vencerás mi desdén, no lograrás arrastrarme contigo.

Abre tu seno para añadir nuevas víctimas á los desgraciados que has devorado, y cuyos tristes gemidos no lograron enternecerte.

No iré yo á aumentar el minero de esos infelices. Tú has destruido mis últimas esperanzas, y por eso te digo adios para siempre.

¡Mi barca, mi pobre barca! ¡Mis redes, mis pobres redes! ¡Oh, mar cruel! ¿por qué teniendo tantos hermosos buques que navegan sobre tus hondas, quieres devorar la pobre barca, el gana-pan del pescador?

—«¡También devora el buque del rico, oh, Preyo! ¡Tampoco perdona al capitán, á los marinos y á los pasajeros!

»¿Oyes el cañonazo de alarma que resuena á le lejos, el fracaso de los palos que se rompen, los gritos de los marineros que el mar arrastra?

»¡Si tú no vuelas en su ayuda van á perecer, oh Preyo! Preyo no ha abandonado jamás á los náufragos en peligro. ¡Buen Preyo, corre á salvarlos!»

¿Hay algun oficio más miserable que el de pescador? Preyo acaba de volver al puerto, trayendo consigo un cuerpo sin alma y una botella de vidrio; una botella tapada con una gruesa boina brea, como si contuviese el más añejo licor de Hendaya.

—«Amigo, haz saltar ese casquete, y veamos la edad de tu bálsamo; veamos, ante todo, si puede reanimar al náufrago y detenerlo en el camino de la muerte.

Pero si es que ya ha dejado de existir, si ya no puedes volverle la vida, ocúpate de tí mismo, y recobra las fuerzas por medio de algunos salutíferos tragos.»

¡Amarga irrisión del destino! El hombre está desmedidamente lleno, y la botella, tan cuidadosamente cerrada, está vacía.

Sólo hay en ella estos papeles que no quieren decidirse a salir de su presión. Léedmelos, antes de que los lleve el viento.

—¿Somos acaso unos sabios? Llevemos al cura el difunto y los papeles, que son, sin duda, la hoja de derrota:

«Me abandono al mar y á Dios que lo hizo: ¡quiera El salvarme!

»Si perezco, le entrego mi alma; en cuanto á mi cuerpo, dejo todos

mis bienes de ultramar al que, arrebatándolo á las olas, le dé sepultura en sagrado.»

¡Oh, sí, pobre infeliz! Dormirás en el cementerio, al lado de mi padre; la campana que anunció sus funerales anunciara también los tuyos.

No será la campana de tu país; pero antes de mucho tiempo haré decir misas en él por el reposo de tu alma

¡Oh! ¿por qué no soy paloma, para atrevesar la mar de un vuelo, y volver después aquí con nuevas plumas?

Pero un buque me conducirá rápidamente; un buque nuevo y sólido, pues quiero traerlo cargado para enriqueceros á todos.

Y lo traeré, estad seguros de ello. La mar me conoce, y nunca ha sido cruel conmigo. Durante toda mi vida me ha mecido sobre su seno, y sólo lo ha abierto para alimentarme.

Si ha roto mi barca y se ha llevado mis redes, ha sido para darme á entender que ya no tenía necesidad de esas cosas, y que en adelante otros pescarían para mí.

A cada uno le llega su turno. ¡Pobre hombre! tu buque era viejo, y tu cuerpo también. ¿Cómo el mar habrá detenido á la muerte en su camino?

No detendrá tampoco en el suyo á mi buque, á mi hermoso buque. ¿Quién quiere seguirme? Os convido á todos.

Dejad vuestras frágiles barcas, vuestras velas agujereadas, vuestras anclas roidas por el orín, y vuestros barriles que huelen tan mal.

¿Hay algun oficio más miserable que el de pescador? Mojado de día, velando de noche, las más veces no es más afortunado que si echara la red á las estrellas.

VICENTE DE ARANA.

